

por MARÍA TERESA BABÍN

Antes de conocer al poeta en persona escribí una página inspirada por su *Canto a Yauco*, poema premiado en las fiestas del bicentenario de su pueblo natal. Era el año 1956... Después se celebró el primer congreso de poesía en Yauco, al cual asistí con el propósito de ver al poeta. Patria Vientós Gastón, nuestra mutua amiga, me hablaba entusiasmada en Nueva York, donde ambas residíamos, de la poesía nueva que cultivaban en esa época varios poetas puertorriqueños. Y a ella le debo el haber leído las primeras obras que llegaron a mis manos de Manuel Joglar Cacho, Violeta López Suria y Francisco Lluch Mora. Desde que retorné a Puerto Rico he tenido la fortuna de coincidir con el poeta en el trabajo cotidiano, primero en el Departamento de Instrucción, y luego en la Universidad. Ahora somos compañeros de cátedra en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Facultad de Artes y Ciencias en el Recinto Universitario de Mayagüez. Menciono estos jalones en mi relación personal con nuestro homenajeador, porque Lluch Mora tiene la condición excepcional de unir íntimamente vida y poesía. Todos conocemos grandes artistas cuya obra nos hace presentir tras ella una personalidad a juego con el sabor de sus creaciones. Pero después, cuando nos encontramos ante el hombre concreto, nos sorprende muchas veces la total disparidad entre la persona y la obra, cual si ésta fuese el triunfo del ángel

escondido que lleva dentro el escritor, a pesar del demonio que lo hace aparecer contrario a lo que dice cuando escribe. Francisco Lluch Mora es armónico. Se llevan bien su ángel y su demonio. Hay en él lo que con frase consagrada se llama perfecta adecuación entre fondo y forma, ser y actuar, vivir y soñar, realidad y poesía. Lleva en su gesto y en su palabra la huella indeleble del romántico vestido de clásico, rico de sentimiento y maestro de la ponderación. Ama la claridad, el orden que el hombre imparte sobre el mundo, y tiene claras resonancias pitagóricas. Para él el número y la proporción pasan desde la música de las esferas al ritmo exacto de los versos. Su torbellino vital es suyo, y en la superficie de su palabra lírica sólo flota la quintaesencia embellecida.

El viejo sabor griego, incorporado a España, el más occidental de los países mediterráneos, le llega a Lluch Mora a través de una de esas maestras inolvidables que puso en manos del muchacho los primeros altos libros españoles. Por uno de esos milagros, no por frecuente en Puerto Rico menos milagroso, tuvo Lluch Mora a su disposición una pequeña biblioteca de obras selectas que eran el pasto espiritual de un tío paterno. Nos imaginamos al jovencito de Yauco andando durante los veranos por los cafetales del Barrio Río Prieto de Maricao. De vez en cuando sentado a la sombra del bucaré, leía alguna de aquellas poesías que eran joyas misteriosas para Juan Ramón Jiménez —poesías de Rubén Darío, Herrera Reissig, Villaespesa... Se le llenaban los ojos con aquellas imágenes. Un día, con una mezcla de temor y audacia, él también atacó a las cuartillas —era un chico de noveno grado en el 1936 cuando escribió unos romancillos navideños—. Esto fue sólo un comienzo. Pero pronto se atrevió nada menos que con el soneto. En esta empresa contó con la ayuda amistosa del poeta Rojas Tollinchi. Estudió devotamente la *Retórica y Poética* de Campillo y adquirió la convicción, que aún hoy posee, de que la métrica es fundamental en la creación poética, incluso en el verso libre. Esta seguridad inicial, a través de más amplias lecturas, ejemplos y tanteos de nuestro autor, se ha vuelto ya casi un hábito inconsciente. Lluch Mora domina la técnica de la versificación con esa facilidad que nos lleva a ignorar la existencia del artificio.

Tituló su primer libro *Tu Presencia*. Precisamente es el único libro de Lluch que no está presente. Antes de darlo a la estampa, el original fue a parar a las ilustres manos del gran Evaristo Ribera Chevremont. Todavía confiamos en que algún día reaparezca este primogénito de Lluch Mora. Actualmente sólo conocemos

de ese libro el prólogo que escribió Enrique Laguerre. Ya en todas las de la ley apareció en 1950 *Del Asedio y la Clausura*, y han seguido luego, *Canto desesperado a la Ceniza*, *Del Barro a Dios*, *Canto a Eugenio María de Hostos*, *Momento de la Alegría*, *El Ruiseñor y el Olvido*, *La Creación*, *Cartapacio de Amor*, *Poemas sin nombre* y *Canto de despedida a Juan Ramón Jiménez*.

Por otra parte, el profesor Lluch Mora se dedicó paralelamente al ensayo crítico y a la investigación. Ejemplo de ello sus estudios sobre *La naturaleza en La Charca de Manuel Zeno Gandía*; *Palabras sobre dos libros de Cesáreo Rosa Nieves*; la memoria para el grado de maestría sobre *La Personalidad Literaria de Francisco Negroni Mattei*; *La huella de cuatro poetas del Cancionero en las Coplas de Jorge Manrique y Miradero*.

Vemos pues, que ya posee una obra considerable tanto en la vertiente creadora como en la vertiente erudita. Lluch Mora está ahora en plena actividad. Trabaja en un libro sobre Félix Franco Oppenheimer, e investiga y prepara los materiales para escribir «Orígenes y Fundación de Guayanilla», «La Fundación de Yauco», la biografía de don Juan Cancio, un libro sobre Hostos, y aspira a rescatar del olvido a una serie de puertorriqueños que no han sido debidamente estudiados hasta ahora. Observamos, pues, que aparentemente esto indica que ha habido un cambio en sus intereses literarios. Dice de vez en cuando que hoy siente menos interés en escribir poesía pura, y hasta llega a confesar con dignidad autocrítica que nota cierta torpeza en la expresión. Yo me atrevo a afirmar que se trata de una de esas mesetas que observamos en muchos escritores, y que luego, tras esa especie de noche oscura del alma, que solamente es aumento de conciencia y necesidad de calar cada vez más hondo, reanudará su creación poética para escalar más altas cimas aún.

Lluch Mora, como todos sabemos, es uno de los fundadores del movimiento trascendentalista, caracterizado por el rechazo del arte por el arte, y la intención de buscar un más allá inagotable tras el mensaje poético. En esa búsqueda trascendente de la esencia del Ser se afirma su credo vital y estético.

He preferido hoy despojarme en lo posible de criterios ya elaborados, y acercarme a la obra de Lluch Mora en una actitud directa y cordial. Leer su poesía es otra manera de oírlo hablar sin subir la voz más de lo necesario, con esa complicidad del secreto, que hace de la obra un diálogo de emociones reveladoras.

¿Cuáles son las preocupaciones medulares de su poética? Se

hallan encarnadas en una gran trinidad: muerte, amor, patria.

La muerte sale como una intrusa con su nombre temible en versos como éstos:

*Que se quiebre la rosa en el olvido,
que no venga la muerte, que no venga
¡Cómo irrumpe en la noche sigilosa
a ensangrentar el cielo de tu risa!*

Otras veces se viste de límite temporal:

*Universo de música trenzada
brotando del enigma de la noche
¡Ah, presencia del tiempo, enredadera,
aupando su estandarte presuroso!*

El amor adquiere proporciones cósmicas. Nos lo sitúa ya en la iniciación del mundo:

*Cuando se vio la sombra disipada
brotó de la honda noche la potencia
del beso y del abrazo,*

*confundidos labraron su silueta abrasadora
el hombre y la mujer, ensimismados,
a contraluz del aire de la aurora.*

La patria... omnipresente

*Oh, patria de mi sangre, de mi nombre,
busco en ti la palabra que redime*

.....
*Busco en ti la materia de los sueños
busco en ti la constancia de mi canto.*

Estos tres temas —Patria - Amor - Muerte— esencialmente trascendentales, son tres líneas continuas que en infinitas ondulaciones sostiene toda la rica poesía de Lluch Mora. Pero, juzgando desde el exterior, al leer a Lluch Mora notamos el gozo con que paladea las palabras de más rancia prosapia vernácula: higuillo, bucar, tamarindo, maga, el Rodadero, cundeamor...

Y también se destaca el deleite sensual de la toponimia en su

lenguaje poético —como si descansase en cada nombre de lugar.

Quizás una de las empresas más arriesgadas para un poeta es hablar poéticamente de otro poeta. Lluch Mora ha aportado un rico ensayo a la crítica sobre *Tres Poetas del Cancionero* que influyen en Jorge Manrique y en el *Canto de despedida a Juan Ramón Jiménez* hace una bellísima elegía. Oigamos esta parte:

*Sonámbulo del tiempo te marchaste
a un azul intocado de vaivenes.
Te fuiste por el mar de los secretos,
tranquilo, con la espuma que corona
el murmullo del agua, de la ola.
Te alejaste del tiempo por la orilla
donde el clamor impera y se deshace,
donde la sombra lucha con la lumbre
y hay presagios y huidas repentinas.
Te apartaste del río de los seres
que ahora dicen extrañas voluntades
endiosando los dardos de la muerte.*

En toda la elegía tiembla la voz arrodillada de Lluch Mora, como una salmodia que se eleva desde el muro del templo de Jerusalén.

*¡Qué temblores
la de tu voz herida en cada verbo!*

Al llegar a cierto punto de su obra, muchos creadores miran hacia atrás y hacen su propia antología o nos dicen cuál es su hija predilecta. Lluch Mora está preparando una *Antología Mínima* y me ha dicho que entre sus poemas preferidos están los de *El Ruiseñor* y *el Olvido* y *La Creación*.

Ahora sigue trabajando en pos de un ideal que él mismo resume en estas palabras: «defensa del idioma y de la personalidad puertorriqueña». La tarea es digna de él, hombre de ideales, de fe y de persistencia.

*Moriviví del llanto y de la muerte,
Moriviví del canto y de la vida,
te extiendes brevemente por la tierra
mimosamente púdico de espera*

*de una mano, de un roce, una caricia
para morir callado y repentino.
Vas cerrando las hojas diminutas,
vas muriendo en la tierra que te tiene,
serpiente que aunque muere resucita,
planta fénix liviana y pequeñísima
agarrada en el yermo entre breñales
Moriviví del llanto y la alegría,
Moriviví que vive por su muerte.
Moriviví que muere por su vida.*

«Que vive por su muerte, que muere por su vida», sobre la tierra puertorriqueña... En un solo verso está la clave trascendental, metafísica, en la cual aparecen unidos los profundos temas de Lluçh Mora: Muerte, Amor, Patria. Son los tres éxtasis temporales: pasado, presente, futuro... Es fácil ver que solamente existe uno de ellos, el Presente, el Amor... que con otro nombre es la Patria, y en esta afirmación rotunda se contiene la única forma auténtica del pasado y del futuro: el ayer, que es la historia y la raíz, presente en el hoy; y el mañana, en su única forma de presencia: la esperanza. Por eso, es amorosa su curiosidad histórica. Por eso otea siempre el horizonte que avanza sin cesar con la marcha de su poesía, siempre más allá, trascendiendo...